



Baile en parejas en la plaza del Balcón de La Axarquía en Comares durante la celebración de San Hilario, con la panda y el alcalde dirigiendo. Panda Arroyo Conca. Foto: Marc Ballester Torrents, IAPH

Fiesteros, fandangos, verdiales. Oralidad en transición en La Axarquía

Marc Ballester Torrents, antropólogo

En un pasado cercano, en La Axarquía, creadores de coplas y contadores de historias al ritmo del pandero, platillos y cuerdas punteadas de laúd, bandurrias y violines jugaban y danzaban mientras se divertían y cortejaban a la moza pretendida. Danzas y cortejos que no entendían ni de partituras ni de escuelas, fiesteros que por puro formalismo y algo más aceptaron el nombre de *verdiales*.

Sin embargo, no toda la oralidad de La Axarquía se reconoce dentro del marco de los verdiales. A pesar de quedar camuflados entre los desniveles del paisaje, encontramos dispersas por la comarca expresiones orales y formas de *hacer fiesta* similares bajo el nombre genérico de *fandangos*. Fandangos de Comares, Fandangos de Cómpeta, Fandangos de Güi, Maragatas, hermanos diseminados en el espacio que debemos tener en cuenta para comprender la oralidad y la musicalidad de la comarca.

De todos ellos serán los Fandangos de Comares, que tanto por sus características como por su ubicación en el oriente de los Montes de Málaga, los que tomarán protagonismo y serán conocidos como verdiales y, de apellido, estilo Comares.

Al hablar de verdiales y fandangos, debemos referirnos a su elemento característico, esto es, su naturaleza oral, porque en todo su conjunto esta expresión *fiestera* es un elemento representativo de la oralidad de la comarca, tanto por su forma de transmisión y representación, como por su incidencia en la cultura de la comarca pasada y presente.

La oralidad ha sido una estrategia clave en la transmisión de valores, pautas, pertenencia, conocimiento, identidad y también de sentimientos. A raíz de ella, se han desarrollado herramientas diversas, concretadas en juegos, danzas, rimas, ritmos o melodías. Herramientas que permitían a la vez disfrutar, cortejar, evadirse, en definitiva, expresar sentimientos, definir comportamientos y relaciones sociales.

Será la escritura junto a nuevos contextos socio-económicos la que mermará y pondrá en tela de juicio la oralidad y con ello sus herramientas. Esto ha conllevado no solo su desprestigio sino también el de los sujetos que hoy continúan practicándola sin ha-

berse sometido por completo a la escritura. Aquellos que aún hoy nos atrevemos a llamar con su beneplácito incultos.

Este proceso de transición incide en cada uno de los ámbitos de la sociedad reflejándose en el abandono paulatino de expresiones orales que definían las relaciones sociales y sus espacios. Si acercamos la mirada a La Axarquía y en concreto a los verdiales, los fandangos, las transformaciones se hacen más evidentes, a pesar de mostrarnos caminos diferentes. Veamos, pues, a qué nos referimos cuando hablamos de verdiales y fandangos para introducirnos en el proceso de transformación de la oralidad y las respuestas que genera.

Los fandangos y con ello los verdiales son expresiones orales musicalizadas que se reproducen cuando se pretende quebrar el tiempo productivo estipulado por el sistema agrario. Este contexto estipula formas de conducta y ocio a la vez que define una forma de oralidad. Sin embargo hoy estas expresiones orales se han alejado de su contexto y hablar de verdiales o fandangos es referirse exclusivamente a un estilo musical.

Existía un esquema común, coplas de seis versos octosílabos que acompañadas de percusión y cuerda eran danzadas en cortijos y lagares a la luz del candil creando un contexto ritual reconocido como *fiesta*. Dirigida por hombres, estos improvisaban coplas que hacían referencia generalmente al contexto territorial y a la mujer. Este esquema común se desarrollaba localmente determinado por su contexto territorial, mostrando variantes que es lo que nos lleva a hablar de Fandangos de Comares, Güi, Cómpeta o Alfarate.

Para comprender las diferencias que existen entre las distintas producciones orales hay que observar el paisaje en el que se ubican. La Axarquía, a pesar del reconocimiento como ente geográfico común, no es uniforme y por ello tampoco establece relaciones similares internas ni externas. Por ello, las diferencias son palpables no solo en los nombres sino en su desarrollo y expresión.

Con este punto de partida, podemos hablar de dos marcos: el musical y el antropológico, que están estrechamente ligados uno con el otro.



1



2



5



6

1. En Comares un pandero con platillos en el borde sustituyen a la botella de anís y al almirez a la hora de realizar la percusión, lo que lo acerca a los verdiales de Montes y Almogía. Foto: Marc Ballester Torrents, IAPH
 5. El único grupo que hoy toca y baila los fandangos de Güi está en El Morche. Representación en la Fiesta del Nispero de Sayaolonga. Foto: Marc Ballester Torrents, IAPH

2. Almirez. Es un instrumento común en la comarca que se toca tanto en los fandangos de Güi como en Alfarnate y en otras expresiones musicales de la comarca, Maragatas o Pastorales. Foto: Marc Ballester Torrents, IAPH
 6. El gorro con flores de plástico y espejos es un elemento representativo de los verdiales que se usa en el caso del estilo Comares exclusivamente el día de la fiesta mayor (28 de diciembre). Foto: Marc Ballester Torrents, IAPH

En el ámbito musical la incidencia de unos u otros instrumentos de percusión, el ritmo o los golpes en el baile nos permiten desgranar las ya anunciadas diferencias. En el caso de los verdiales del estilo Comares –o como los mismos intérpretes los llaman, fandangos de Comares– son los que le dan más relevancia a la cuerda tanto por puntearla como por la presencia del laúd y el violín. Este es uno de los elementos más significativos que diferencia a los fandangos de Güi o a los fandangos de Alfarnate a la vez que a los otros dos estilos de verdiales –Montes y Almogía. Paralelamente es común a todos ellos el uso de la percusión, palillos y platillos, mientras que la botella de anís y el almirez desaparecen en Comares para dar protagonismo a un pandero con platillos en el borde que lo acercan a los verdiales de los Montes y Almogía. Estos elementos inciden en el ritmo y donde en el Río Güi son de *cuatro rías* y *el pitá* en Comares son *tres rías* y *el pitá* –lo que musicalmente se entiende como compás de tres por cuatro. El ritmo trasladado al baile lo hace más o menos frenético entre golpes y saltos adornados con las cintas de colores que cuelgan de los palillos. Sin embargo, el baile en pareja

y *trenzaillo* –dos mujeres y un hombre– son comunes entre los diferentes estilos aunque varía el ritmo y con ello el *golpe*. Es por lo tanto el ritmo y con ello la incidencia de uno u otro instrumento el elemento diferenciador, aunque no por ello cambia el esquema melódico de los fandangos, que es el mismo.

En el marco antropológico conceptos como discurso, territorialidad, productividad nos permiten dar un paso más hacia la comprensión de sus similitudes y diferencias.

Si nos remitimos al análisis del discurso encontramos rasgos comunes tales como la identidad, la pertenencia, la exaltación y la evasión. El reconocimiento de lo territorial se expresa en coplas que remiten a Comares, Periana o al Río Güi. Porque el "Balcón de La Axarquía" no es solo el lema publicitario de Comares sino que corre toda la comarca a voz de un fiestero de la Panda 1º de Comares. O como cantaban en el oriente axarqueno cortejando a una *mozuela*:



3



4



7



8

3. Actuación en un bar de la panda 1º de Comares. Los músicos crean un círculo y dentro bailan quedando el público alrededor.

Foto: Marc Ballester Torrents, IAPH

7. Las cintas de colores son omnipresentes tanto en los verdiales como en los otros fandangos de La Axarquía. Con un sentido decorativo se cuelgan de palillos, panderos y platillos y complementan la estética fiesterera.

Foto: Marc Ballester Torrents, IAPH

4. Laúd, violín y bandurria punteados son una de las características que definen el estilo Comares. Foto: Marc Ballester Torrents, IAPH

8. Hoy los fandangos de Alfarnate son exclusivamente representados por mujeres que los han pretendido recuperar a partir de una asociación.

Foto: Marc Ballester Torrents, IAPH

*De lo alto el río Güi,
mira si vengo de lejos
de lo alto el río Güi
por el Cortijo Pandela
hasta el arroyo Corchin
para ver a esta mozuela*

Las coplas transmiten y definen el espacio en el que se ubican. Tómese como ejemplo, el caso de los fandangos de Güi. Estos fandangos, localizados al oriente de la comarca, se conocían antiguamente como Fandangos de Bentomiz por abarcar los campos que colindaban el castillo de Bentomiz -Sayalonga, Algarrobo, Lagos- y que hoy se han concentrado en el barranco del Río Güi. Esta territorialidad define productos y en el caso de los verdiales está intrínseco el nombre. Al cantar *De Verdiales vengo* se definen no sólo un área territorial, los Montes de Málaga y La Axarquía oriental, sino también el producto que de ella se obtiene: la aceituna verdial.

Esta relación intrínseca entre expresión oral, territorialidad y productividad nos remite por lo tanto a la relación con el ámbito agrario que tenía la *fiesta*. Esta se desarrollaba principalmente en cortijos y lagares dentro de la temporalidad que marcaba el campo y siendo hasta no hace más de treinta años algo que extrañamente se acercaba a los núcleos urbanos. Los *catetos* habitan las aldeas, cortijos y montes donde las mismas condiciones de vida una vez más se vuelven ironía durante la *fiesta*:

*Se me olvido la chaqueta
en lo hondo el río Güi
se me olvido la chaqueta
tantos piojos tenía
que cuando por ella fui
iba ya por la Caleta"*

Omnipresente en las coplas está el tema de la exaltación de la mujer. Ello no es extraño puesto que los *fiesteros* eran jóvenes que se juntaban para hacer fiesta y con ello cortejar a las *mozuelas*.



El trenaílo es una de las mudanzas de los verdiales donde bailan dos mujeres y un hombre. Foto: Marc Ballester Torrents, IAPH

El elemento más relevante en los fandangos de La Axarquía es la definición de una pertenencia que permite diferenciar uno de otro

Exaltaciones que a menudo remiten al territorio, definiendo con ello pertenencia y belleza.

Por lo tanto vemos cómo desde una percepción antropológica de los fandangos en La Axarquía, el elemento más relevante es la definición de una pertenencia que permite junto con lo musical diferenciar uno de otro. Sin embargo también nos permiten observar cómo el contexto en el que se desarrollan se define por un

elemento común: están estrechamente ligados al ámbito agrario. Una vez definidos, la problemática se presenta cuando observamos el desarrollo que han tenido tanto los verdiales como los fandangos y su situación actual. Así como en la zona de Comares los verdiales están en un proceso de auge y reconocimiento, paralelamente en Cómpeta o el Güi estamos presenciando su desaparición. Veamos qué ha ocurrido con los verdiales, pretendiendo con ello comprender estos dos destinos tan opuestos, a pesar de ser expresiones que han tenido parte de desarrollo común.

Como punto de partida cabe dejar constancia que el territorio no entiende de jurisdicciones y que por ello los Montes de Málaga, cuna de los verdiales, se inmiscuyen en la comarca dibujando un territorio de contrastes delimitado por la vega del Vélez. Es pre-

cisamente su presencia en los Montes lo que clasifica y define a los fiesteros de los cortijos de Comares, Cútar o el Borge como pandas de verdiales.

Pero es esta asimilación del concepto verdiales ha implicado que adquieran características que no son propias de los fiesteros del oriente del monte Santo Pitar. Al igual que con las características musicales, se ha dado un proceso de institucionalización y asentamiento de cada uno de los estilos, estética y contextualmente se ha creado un discurso unificador. El laúd y la bandurria punteados con un violín protagonista y con voz propia le dan su idiosincrasia que se acompaña de un ritmo más rápido marcado por el pandero. Un recuerdo, en algunas voces, de los tiempos en los que los campanarios eran minaretes.

La fijación de los tres estilos ha partido de las características de cada uno, sin embargo en lo estético, organizativo y con ello el imaginario colectivo de los verdiales ha tendido a homogenizar. Un primer elemento es su sistema organizativo. Presentados con el nombre de *pandas* –grupos de unas veinte personas donde diez tocan y el resto canta y danza–, tiene la figura del *alcalde* que dirige con una vara decorada con cintas de colores. Este sistema establecido hoy en todos los grupos surge de cuando era uno el que se encargaba de recoger a toda la panda para ir por los cortijos de fiesta y hacer rifas. Este sistema desconocido en La Axarquía hoy regula todas las pandas. Fiesteros igual, las fuentes orales reconocen haber adaptado esta opción al igual que la de ponerse el día de la Fiesta Mayor (28 de diciembre) el gorro bordado con flores de colores de plástico y pequeños espejos, sin el cual perderían puntos en la votación y que hoy se ha vuelto un elemento representativo de los fiesteros el día de su fiesta mayor.

Estos elementos han permitido que los fandangos de los montes de La Axarquía puedan reconocerse por completo como verdiales. Por lo tanto, a diferencia de los otros fandangos de la comarca, vemos cómo ha existido un proceso de adaptación y reglamentación.

Dentro del marco general de los verdiales, eventos como la Fiesta mayor –hoy aún en el Puerto la Torre (Málaga ciudad), antes en la Venta del Túnel (Montes de Málaga)– los diferentes festivales (Benagalbón, Comares) o encuentros como el del solsticio de verano en la Venta Cárdenas, han ayudado a afianzar no solo el estilo Comares sino el conjunto de los verdiales. Estos encuentros junto con las actuaciones pagadas en las diferentes fiestas patronales a lo largo del año nos empiezan a mostrar un poco el camino que han seguido.

Este camino viene definido por los cambios que han sufrido las zonas agrarias frente las urbanas: el cambio en el sistema productivo (y recientemente la cuestionable Política Agraria Común de la Unión Europea y la incidencia del turismo y la construcción), los procesos migratorios (de la sierra al litoral, del ámbito rural al urbano –Málaga y Vélez– y estatal –Barcelona, Madrid–), las transformaciones en las formas de ocio y, finalmente, la transformación de la transmisión de saberes (el paso de una cultura

principalmente oral a la implantación de un sistema educativo basado en la escritura). Al contrario que otros casos, los verdiales se han adaptado a este nuevo contexto, acercándose a las dinámicas urbanas (creación de escuelas, concursos, asociaciones, subvenciones, participación en la Feria o haciendo la Fiesta Mayor en el Puerto de la Torre). Esto ha favorecido al fortalecimiento de los verdiales como estilo musical pero ha ido en detrimento de todo el contexto que los definía, primando en casos concretos lo estético antes que el contexto fiestero.

Así pues, se observa cómo, a pesar de partir de una situación común, las respuestas han sido diversas. Los verdiales de Comares así como los fandangos de Güi, eran expresiones que se reproducían en el ámbito agrario, entre cortijos y lagares. Su abandono ha implicado transformaciones no sólo en el sistema productivo sino en la transmisión oral transgeneracional, tanto por el cambio en los núcleos familiares como por las formas de ocio o el sistema educativo. Arrimados a los verdiales, Comares llega a la ciudad (Comares hasta hace 15 años al no tener carretera directa a Vélez había mirado siempre a Málaga) y se lleva a cabo un proceso de esencialización que se refleja en una clara definición de los tres estilos y de una estética común con variantes estilísticas teóricamente propias de cada zona (Almogía, Montes, Comares). Mientras, en el Güi (Algarrobo, el Morche, Sayalonga), las escuelas de baile enseñan sevillanas o malagueñas y la desaparición del contexto aquí si se vuelve una pieza clave.

El cambio del contexto obliga a modificar sus estrategias. La oralidad se vuelve escritura, las coplas extrañamente se improvisan, los maestros definen estilos que antes definían los ríos y partidos, las pandas llevan nombres de personas y no de pueblos (existe un caso en el estilo Almogía) y los verdiales abandonan los cortijos para ocupar escenarios o calles urbanas y permitir que aparezcan fiesteros a las puertas de una oficina. En este proceso de transformación –concepto clave para comprender la cultura– la oralidad, sus herramientas y sus estrategias, es la que se pone en entredicho.

Fandangos que ya quedan en la memoria de los supervivientes de un tiempo no tan lejano o verdiales en un escenario. Las transformaciones, característica inerte en la cultura, pueden llevarnos a veces a no comprender lo que vivimos. En la sociedad de lo efímero, lo caduco, se escriben coplas atrapándolas y congelándolas pretendiendo hacerlas eternas y contradiciendo unos fandangos, que surgen jugando con la ironía, lo sutil, la destreza del intérprete, acompañada de danzantes que se esquivan. Oralidad que provocaba riñas ficticias, o no tan ficticias, entre fiesteros por el amor pretendido, oralidad que marca códigos relacionales que hoy se pierden entre las paredes de una escuela y las tablas de un escenario.

Por ello en la sociedad de la escritura los verdiales se escriben hoy alejándose de un contexto sin saber aún si acabarán formando parte de una fotografía en el escenario del pasado folclorizado o continuarán transmitiendo y definiendo pertenencia y valores, hoy en la urbe, a ritmo de *tres rías y el pitá*.